

Los migrantes muertos: El tema ausente

Por Claudia Smith

Van casi 2,000 migrantes muertos a lo largo de la frontera entre Estados Unidos y México desde que fueron puestos en marcha los operativos Guardián, Salvaguarda y Río Grande. Mejor dicho, ése es el número de muertes registradas. También hay cientos de desaparecidos en el intento de cruzar la frontera norte durante los siete años que lleva la estrategia de empujar el tráfico indocumentado fuera de las ciudades fronterizas y hacia lugares cada vez más remotos y peligrosos, sobre todo los desiertos. Al parecer, se trata de “héroes” incómodos. Apenas figuraban en la descarrilada agenda migratoria. Pese a la reapertura de las negociaciones y al hecho de que 400 migrantes murieron el año pasado, ya ni siquiera se los menciona. Con el fin de tenerlos presentes —y no únicamente como cifras frías—, traje un desplegado con los nombres de los que se ha logrado identificar. ¿Cuántos más? Será un sinfín de vidas perdidas, a juzgar por el promedio actual: una muerte al día.

Como suele decirse en inglés, “What a difference a year makes...” En enero del año pasado, durante su primera visita oficial a Washington, el Canciller mexicano calificó de “intolerables” a las muertes ocasionadas por “las políticas estadounidenses que fuerzan a los indocumentados mexicanos a atravesar zonas muy peligrosas”. Un mes más tarde, durante la cumbre presidencial en Guanajuato, la culpa por estas muertes ya ni era compartida. Pasó a recaer exclusivamente sobre los llamados polleros. Sin embargo, en mayo, cuando murió un grupo de 14 en el desierto de Yuma, las declaraciones relativas a la “seguridad fronteriza” todavía se referían a la plena desprotección en que se encontraban los migrantes. Se anunciaban campañas de advertencia sobre los peligros que implicaba el

cruce y se prometía reforzar la labor de búsqueda y rescate. También se contemplaba la colaboración intergubernamental en otros pasos (entre ellos algunos poco acertados) para reducir las muertes durante el cruce clandestino. Ahora, cuando se habla de “seguridad fronteriza”, eso significa totalmente otra cosa —desde contener al supuesto “cáncer” centroamericano, hasta modernizar las garitas (volverlas “inteligentes”) —.

Lo cierto es que buena parte de los fondos asignados al renglón de seguridad nacional, como una de las consecuencias de los ataques terroristas, será dedicada para intensificar la estrategia principal: desviar los cruces a los desiertos. Es algo cuestionable, aún en términos meramente monetarios. Desde el inicio de Guardián y sus contrapartes en Arizona y Texas, la Patrulla Fronteriza no ha podido controlar la magnitud del flujo migratorio. Lo único que ha logrado —a un enorme costo en vidas—, es regular por dónde pasan los migrantes, lo cual no cambiará hasta que la combinación de revertir la explosión demográfica y acelerar el crecimiento económico disminuya las presiones migratorias desde México. Y eso tomará por lo menos 15 años, según las proyecciones más optimistas.

Así es que los aspirantes a indocumentados se seguirán arriesgando en el futuro previsible. La única manera de impedir su cruce sería sellar la frontera entera —algo que, si bien fuera realista, no es deseable desde la óptica de ninguno de los dos países, con o sin ampliar el programa de trabajadores temporales—. Porque tal programa no sería suficiente para acomodar a todos los aspirantes a indocumentados, ni alcanzaría satisfacer la demanda estadounidense para la mano de obra joven, barata y desechable. Nada más este año, se calcula que entre 400,000 y 600,000 mexicanos y mexicanas se dirigirán “al Norte”, dada la contracción de la economía en su país y el rebote de la estadounidense. Detrás de ellos

vienen los centroamericanos, cuya meta final es internarse en los Estados Unidos. Claro, la sequía y la hambruna que acecha a Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua los impela a llegar hasta el país de destino, de un modo u otro.

Leer el plan estratégico que adoptó la Patrulla Fronteriza a fines de 1994 es leer una crónica de muertes anunciadas. En San Diego, el campo de experimentación, a dos años de implementarse Guardián las muertes se habían incrementado notablemente, como consecuencia de la obstaculización del cruce por el punto tradicional, un corredor costero relativamente seguro. Se empleó nada menos que una triple barda para conseguir ese resultado. El objetivo fue mover el tráfico indocumentado hacia las montañas de Tecate. Aunque el plan estratégico explícitamente anticipó que la gente desesperada no desistiría, ni ante picos de 6,000 pies de altura, cuando decenas murieron ahí por hipotermia en enero de 1997, la Patrulla Fronteriza insistió que esto le había causado “shock”. Nunca, aseguró el jefe del sector, creyeron que los migrantes intentarían desafiar semejante barrera natural.

El “shock” no duró mucho. Sin titubear, la Patrulla Fronteriza implementó la siguiente fase de su plan: mandar a los migrantes al desierto Imperial de California. No es de sorprender que a partir de entonces ahí ocurre la gran mayoría de las muertes —100 sólo el año pasado—. Decir que el beneficio de la duda ha sido superado por la certeza de que el riesgo físico no detiene a los migrantes es quedarse corto.

Ciertamente, las muertes registradas en el 2001 fueron menos que las del antepasado. Pero la reducción se tiene que poner en el debido contexto. De hecho, las detenciones —una medida aproximada del flujo—

disminuyeron en un 25%, aún antes de los ataques terroristas, dada la recesión que experimentaba la economía estadounidense. En comparación, la Patrulla Fronteriza, contando únicamente los cuerpos encontrados en su lado, reportó que las muertes se redujeron en apenas un 11% durante el año fiscal 2001. El que dicha reducción ocurriera de manera tan desproporcionada indica que la estrategia de alejar a los migrantes de las áreas pobladas se vuelve cada vez más mortífera.

En los desiertos, la situación empeoró dramáticamente. Por ejemplo, las muertes ocurridas en el desierto Imperial aumentaron en un alarmante 22%, al mismo tiempo que los cruces por ahí se redujeron en un 27%. A medida que se busca frustrar los cruces a inmediaciones de Caléxico y Mexicali, las muertes se amontonan en ambos extremos del extenso desierto, donde la posibilidad de ser rescatado es mínima. Traje mapas ubicando esas muertes. Hablan volúmenes al respecto.

A partir de este año, se han registrado más de 40 muertes en la línea divisoria desde San Diego, California, hasta Brownsville, Texas. Anteriormente, los migrantes que disponían de hasta \$4,000 para pagar a traficantes intentaban "la pasada" por las garitas, escondidos en cajuelas o presentando documentos falsos, evitándose así peores odiseas. A partir de los ataques terroristas y de las revisiones más detenidas de vehículos y personas, pocos buscan burlar la vigilancia en las garitas. No les queda más que jugarse la vida atravesando montañas y desiertos, o nadando contra las fuertes corrientes de canales y ríos fronterizos, intentando acortar caminatas terribles.

Y la triste realidad es que redoblar las medias de salvamento es insuficiente ante una estrategia deliberada de poner al migrante en peligro mortal.

Aún así, todo indica que no se están dedicando más recursos a estos esfuerzos. Al contrario. El número de rescatados por la Patrulla Fronteriza el año pasado sumó sólo 1,233. Inclusive en los sectores desérticos, se rescató justo a la mitad del total reportado en el año 2000. Sería ingenuo creer que las medidas de salvamento son la solución, pero ¿cómo explicar el que 10,000 elementos de la Patrulla Fronteriza rescataran a tan pocos migrantes?

De nuevo, se plantea la idea de recurrir a fuerzas policíacas mexicanas para restringir el acceso a ciertos tramos de la frontera. La pretensión (por lo menos antes de los ataques terroristas) era bloquear las zonas de alto riesgo, algo que equivale a querer tapar el sol con un dedo. Simple y sencillamente, ya no quedan zonas de “bajo riesgo” por donde sea factible cruzar sin ser detectado. El bloqueo provocaría que los migrantes intercambiaran una zona de alto riesgo por otra zona de no menor riesgo.

Desde su inicio, la estrategia de Guardián fue ante todo política. Se buscaba aparentar una frontera bajo control, moviendo los cruces fuera de la vista pública. Pero ni la lucha contra el terrorismo puede justificar el que Estados Unidos siga canalizando los migrantes económicos a la muerte. Los operativos estadounidenses están diseñados para negarle la entrada a gente en busca de trabajo, pero no a terroristas, quienes ingresan muy campantes por la vía legal, con visa de estudiante o turista. Cabe señalar que el 40% de los que se encuentran en calidad de indocumentados tienen las visas vencidas. Sería mejor que la Administración Bush se concentrara en remediar las fallas espectaculares en la recabación de inteligencia y el otorgamiento de visas que facilitaron los ataques terroristas del pasado septiembre.

Cruzar la frontera ilegalmente nunca ha sido algo exento de riesgos. Ciertamente, si Estados Unidos quitara a Guardián y regresara a la estrategia de antes— es decir, dejara de desviar a los migrantes y volviera a detener la mayor cantidad posible en cuanto cruzaran la frontera por las áreas pobladas—, no pararían de morir los migrantes. Pero las muertes relacionadas con el cruce serían una fracción de las que ocurren actualmente. De 1994 al 2001, las muertes relacionadas con el cruce por la frontera de California con México se incrementaron en un 500%. En Arizona, el aumento ha sido de 1,000%, al igual que en Texas.

Indiscutiblemente, es necesario combatir más agresivamente a los traficantes de indocumentados, pero esa tampoco es la solución a las muertes. La verdad es que los llamados polleros se volvieron indispensables cuando la Patrulla Fronteriza se dedicó a desbaratar los patrones tradicionales del cruce. Curiosamente, los expertos en el tema de migración aseveran que, no obstante la acumulación de agentes y tecnología para detectar los cruces clandestinos, la probabilidad de ser detenido se reduce a medida que los migrantes acuden a los traficantes. En fin, el “pollerismo” se ha vuelto un negocio demasiado lucrativo para que escaseen los enganchadores, guías, etcétera. Mientras tanto, los empleadores de indocumentados actúan impunemente como el imán para la migración. Es lógico. La antes Comisionada de Inmigración, Doris Meissner, reconoció recientemente que, en esta era de globalización, la economía estadounidense depende de cierto grado en el flujo irregular para mantener su competitividad.

Si de deslindar responsabilidades se trata, comencemos con el gobierno de los Estados Unidos, el instigador de esta tragedia que no cesa. Los tres operativos son un abuso del derecho a controlar la frontera. Existe la

obligación de proteger la vida, minimizando el riesgo a la muerte (sea de un indocumentado o de un ciudadano). No puede ser suspendida ni cuando se pretende resguardar la seguridad nacional. En cambio, el gobierno de los Estados Unidos ha maximizado el riesgo. Si optara por frenar la inmigración ilegal desde México, sellando la frontera entera, no podemos objetar bajo la legalidad internacional. Pero lo que no debe hacer como alternativa es garantizar la muerte de migrantes por centenares, año tras año. No obstante, la Administración Bush adhiere como si fuera doctrina a la creencia que la "superioridad" moral estadounidense le permite pasar por alto las normas internacionales, aunque viole los derechos humanos.

En esta conexión, la expectativa es que la Patrulla Fronteriza próximamente doble o triplique el número de agentes. Me recuerda lo que pasó a mediados de la pasada década, cuando la súbita contracción de muchos agentes agravó exponencialmente el maltrato al que son expuestos los migrantes, pues la casi inexistente capacidad de supervisar a los elementos de esa corporación fue fácilmente rebasada. En fin, la situación en la frontera norte es del todo desalentadora.